

<http://www.ahora.cu/secciones/destacamos/17884-los-ojos-de-esther>

## Los ojos de Esther

Por **Rubén Rodríguez González**

Martes, 16 Junio 2015 08:17, Holguín/ ISSN 1607-6389 Periódico Ahora



Foto: Elder Leyva

“Soy católica pero no fanática, adoro en mi casa y sé que mi oración llega”, me dice Esther María Rodríguez Vargas, minutos después de conocernos en el acogedor vestíbulo de la instalación anexa al hospital pediátrico Octavio de la Concepción de la Pedraja, donde se alojan los familiares de niños ingresados en esa institución insignia de la Salud en Holguín.

Sin embargo, no atribuye su entrega profesional a la fe que profesa: “Creo que nací con este don de hacer por los demás. Si no tienes eso que te hace condolerte ante el dolor ajeno, no sirves para este trabajo. Yo trato de que vean en mí una amiga, un apoyo; la gente sabe que Esthercita va a “fajarse” por ella”.

Aunque es maestra primaria de formación y ejerció por ocho años el oficio, ha sido trabajadora social desde 1971 cuando un vecino le habló de una plaza en el Pediátrico. No estudió para ejercer su labor pues por esa fecha no existían escuelas o carreras afines, aunque siempre se ha superado a través de cursos acerca de embarazo en la adolescencia, familia y salud, adicciones... Sin embargo, insiste en que “si no eres sensible, de nada sirve el estudio”.

Atender a familiares, entrevistarlos para detectar si son casos sociales (familias con bajos ingresos y malas condiciones de vivienda, entre otros factores, nos aclara), participar en las entrevistas de médicos con familiares de niños hospitalizados, son algunas de las funciones de los trabajadores sociales del Pediátrico, tres en total.

Es vital, comenta Esther, el apoyo de su área en la reducción de la mortalidad infantil, lo que les ha merecido reconocimientos del Programa Materno Infantil (Pami) en la provincia. El reporte y control de casos de alto riesgo, como cardiopatías y fibrosis quística, así como la perenne comunicación con las áreas de salud y los policlínicos de la capital provincial y los municipios, inciden en los buenos resultados de la institución, donde por 44 años ha alumbrado el espíritu de Esther.

No falta el trabajo educativo en sala y la vigilancia en cuerpo de guardia, para concientizar a las familias sobre el peligro de las fugas: “El dengue y el cólera matan; y parece increíble que haya padres con baja percepción del riesgo que se lleven a casa a un niño con síndrome febril. De aquí se han llevado bajo su responsabilidad a niños con diarrea y han regresado con ellos fallecidos. Eso hay que prevenirlo. A veces hasta he tenido que amenazar a los padres con llamar a la policía o a Menores”.

Además de ser la jefa, ella atiende las salas de Terapia, Neonatología y Oncología y sus esfuerzos allí, para llevar alegría y esperanza en momentos de tensión o en medio de tratamientos prolongados y en ocasiones dolorosos, le han valido mote como hada madrina, el trencito de la alegría o Esther Delamare, en alusión a la humanitaria protagonista de cierta telenovela.

Sus ojos hablan: se iluminan ante la broma o cuando llega la bellísima Lieska Ortiz, paciente que le trae ilusionada su deslumbrante foto de quince y luego posa con su hada madrina para el lente de jahora!.

La economía no detiene a la incansable Esther, que levanta las cejas y ríe pícara ante la interrogante de cómo hace para resolver los recursos:

“Salud Pública y la institución me atienden, pero yo siempre estoy pidiendo para mis niños. La Acaa (Asociación Cubana de Artesanos Artistas) es mi salvación. Cuando vienen los quince de alguna paciente, llamo enseguida a Salomón, su presidente y se encarga de todo: vienen, tiran fotos y las pagan ellos”.

Tampoco faltan las donaciones de los trabajadores del aeropuerto, turismo y el níquel y las organizaciones de masas; el apoyo de payasos o el Teatro Guiñol, con actividades en las salas de Oncología, Nefrología u Ortopedia, donde la estadía es larga. O la realización de cumpleaños colectivos:

“Cuando no hay cake, se resuelve con dulces o helado. Yo comprometo a las organizaciones. Es el ratito de esparcimiento que tienen esos niños en una condición tan especial, cuando no los están pinchando. Soy gente de respuesta rápida, de soluciones”.

Los ojos de Esther se nublan al referir el doloroso recuerdo de quien lucha por la vida o desbordan compasión al interrogar a un padre que llega abrumado: “¿Cómo está el nene, papá?” Y el hombre, con un nudo en la garganta, le dice: “Mejorcito”. Y todavía pregunta por la familia de Anthony, y le cuentan, y hay un silencio, una pausa en la conversación que indica que su pensamiento está con esas personas.

Así transcurre la entrevista, en medio de un ajetreado jueves, en el sitio donde una familia jubilosa se marcha con su bebé recuperado; y otros cuentan los minutos en una espera, que hace más soportable la bondad del personal que atiende a los familiares de pacientes graves.

“Damos autorización a los padres para que se mantengan en este lugar, donde no pueden comer ni estar vestidos de manera incorrecta, ser indisciplinados o manifestar problemas de conducta. Hemos tenido casos de Guantánamo, Baracoa, Santiago, hasta de La Habana y les hemos dado alojamiento. Tienes que ponerte en el lugar de las personas, porque mañana puedes ser tú o un familiar quien necesite ayuda. Desde diciembre a la fecha han pasado por aquí muchas personas, aunque no todo el mundo cuida ni valora”, dice preocupada.

Aunque lo convenido son dos parientes por enfermo, en ciertos casos el permiso abarca a más personas porque “un niño hala mucho y a veces hasta los vecinos vienen”.

Esther es además activista de Menores en el consejo popular de Centro Ciudad. Ahí enfatiza en la labor educativa sobre diferentes enfermedades y cómo prevenirlas; la atención a los adolescentes y problemas como el embarazo precoz, el suicidio, los que se desvían y toman o fuman. Se apoya en CDR, FMC, Fiscalía, Menores...

“El trabajo de Menores me ocupa mucho tiempo. Hay muchachos con duros problemas de conducta y la familia no se sensibiliza. Uno trata de hacer prevención. Aquí hemos tenido un par de casos de adolescentes que han llegado solos, con ingestión de pastillas y se ha tenido que localizar a los familiares”.

Define: “El trabajador social debe ser cuidadoso, entregado al trabajo, ético y confiable. Hay que visitar las casas, conversar con las personas, ponerte en su lugar. Solo así puedes comprenderlos y ayudarlos. Tampoco te puedes comprometer. Un padre me ofreció diez pesos por dejarle subir, y no lo permití porque no hago eso y porque tampoco era horario de visita. Muchos trabajadores sociales que he formado me dicen cuánto aprendieron conmigo”.

Pasillos y salas la han visto desandar en cualquier horario, pues su marcha a las 4.30 pm es solo una formalidad y en muchas ocasiones se va a casa pasadas las 9. Ella resuelve pasajes de avión a la capital para un pequeño cardiópata, coordina boletos en Astro y gestiona transporte por Cubataxi. Su dedicación no conoce límites.

Muy jovencita, Esther alfabetizó; también ha sido vanguardia nacional por 12 años, es dirigente sindical y acumula méritos sindicales en trabajo voluntario, la defensa y movilizaciones agrícolas.

Habla con orgullo de sus nietos Alejandro, Pedro y Jesús y sus hijos Eva, Anyell y Rafael Ángel, que no fueron obstáculo para desempeñar su profesión a plenitud: “Nunca dejé de ir a una actividad porque mis hijos fueran chiquitos. Los crié solita. Del círculo los traía para acá, sin miedo de que se enfermaran. Movilizada en tiempo de ciclón, estaba aquí hasta las dos o las tres de la mañana y los ponía a dormir en una camilla. No me desvinculé de ellos, siempre fui buena madre. Todavía son dependientes de mamá”.

Habla divertida de los 70 años que no siente: “Soy diabética controlada, pero la vitalidad mía no es fácil. Pasé una noche cuidando a mi nieto ingresado con síndrome febril, luego tuve un día de trabajo y cuando llegué a casa lavé, limpié y cociné; no puedo estarme quieta. Esther María Auxiliadora me llama mi hijo”.

Le creo cuando dice: “No esperaba el reconocimiento; maravilloso porque se reconoce el trabajo de uno y esto te compromete a ser más dedicado. Este trabajo es una experiencia linda. Soy una mujer satisfecha y realizada, por mis hijos y mi trabajo”.